

—Sí; respetaríamos la propiedad tal como está constituida, excepción hecha de la esclavitud.

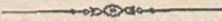
—Pero existe la esclavitud acaso?

—Ha cambiado de forma nada más.

—¿Llega la aspiración de Vds. hasta comprender á Puerto-Rico en el Estado independiente á que aspiran?

—Sí señor; llega hasta allí.»

Prometimos á Maceo guardar reserva respecto á alguno de los puntos sobre que versó nuestra conferencia con él, y no hemos de faltar á la palabra dada.





XLI.

Banquete á bordo del MAGALLANES.

El representante del señor Marqués de Campo y presidente de la Comisión española devolvió á bordo del *Magallanes* el banquete con que nos obsequiaron los ingenieros del Canal.

Se sentaron á la mesa unos 60. Estaba aquella elegantemente adornada y presidida por un grupo de banderas enlazadas, representando á España, Francia y Colombia.

Durante el almuerzo reinó la más entusiasta fraternidad. Presidía el brigadier Sanchiz; sentóse á su derecha una bellísima peruana, esposa del redactor de *La Estrella*, de Panamá, Sr. Pezet, y á su izquierda el ingeniero director de las obras Sr. Boyer.

Este inició los bríndis con las siguientes ó parecidas frases:

«Señores: No quiero que llegue el momento de separarnos sin antes dar las gracias al señor brigadier Sanchiz y á sus distinguidos compañeros por el inmenso placer que nos ha proporcionado su visita.

»La gran nación española nos ha dado el derecho de enorgullecernos al enviar aquí, para examinar nuestras obras, á per-

sonas tan competentes, tan ilustradas, tan dignas y tan amables como las que constituyen la Comisión, á las que saludamos ahora como verdaderos compatriotas, como los acogimos con afecto á su llegada, como representantes de una nación amiga.

»Ignoro si al marchar participais todos de nuestras esperanzas; pero sí abrigo el convencimiento de que hareis justicia á nuestra sinceridad. Os hemos procurado los medios de presenciar y apreciar el estado de las obras, á fin de que nos juzgueis con pleno conocimiento de causa. Apelo, en abono de mis palabras, al testimonio de nuestros camaradas los ingenieros españoles. Permítanme éstos expresarles cuán dichosos hemos sido al observar la gran suma de conocimientos técnicos que poseen, á la par que la exquisita cordialidad y fraternidad, propia de los que profesan idéntica carrera.

»También es para nosotros de gran valía el testimonio del señor Mencheta, del ilustrado y heroico representante de *La Correspondencia de España*, que deja en nuestro espíritu los más gratos recuerdos por su infatigable actividad y excelentes cualidades.

»La presencia entre nosotros de los enviados de España, de esa nación hermana de Francia, ha alentado nuestro ánimo y avivado nuestra fe de que venceremos con facilidad en el combate empeñado las dificultades que nos rodean.

»Vistas desde aquí Francia y España, no aparecen ya separadas por los Pirineos; constituyen á nuestros ojos una sola y gran nación.

»No brindo por la salud de la Comisión española, porque ésta nos ha demostrado en sus excursiones á través del Istmo la fortaleza de su temperamento, que más de una vez han rendido á nuestros ingenieros. Brindo, pues, por la mujer simpática, cuya presencia entre nosotros ha dado á la reunión un carácter más grato, si cabe, poetizándola.»

El ingeniero Sr. Paradela brindó despues. Hé aquí sus palabras:

«Haciéndome cargo de las manifestaciones de Mr. Boyer, voy á contestar en breves palabras en nombre de mis compañeros los ingenieros de la Comisión española y en el mio propio. Tened la seguridad, señores, de que al separarnos de vosotros, llevamos una impresión gratísima y una profunda convicción.

»La impresión que llevamos y que profundamente os agradecemos, no es por cierto la de las infinitas atenciones que nos habeis dispensado, pues que éstas no nos sorprenden en quienes, como vosotros, sois hijos de la nación donde es proverbial la galantería; la impresión que llevamos es la de vuestro interés en mostrarnos todas las obras y en facilitarnos medios para visitarlas y conocerlas: recibid, pues, Mr. Boyer, y vuestros amables y distinguidos compañeros, la expresión de nuestra gratitud.

»La convicción que con nuestra visita hemos adquirido, y que no vacilamos en expresar, es la de que no es imposible en modo alguno que en breve plazo, y haciendo uso de los poderosos medios con que intentais impulsar las obras, sea un hecho la construcción del Canal, que deseamos vivamente que sea terminado para honra vuestra y para gloria de la Francia, que inscribirá vuestros nombres en las brillantes páginas de su historia.

»Brindo á vuestra salud, señores, y por vuestra pátria la esclarecida Francia.»

Obligados á dar las gracias al Sr. Boyer por las galantes frases de elogio que inmerecidamente nos tributó, usamos de la palabra, brindando por las tres naciones que representaba el grupo de banderas que presidía la fiesta.

Por España, que es nuestra madre; por Colombia, nuestra hermana cariñosa, y por Francia, nuestra amiga simpática; por la hermosa peruana que nos honraba con su presencia, cuyos encantos y gentileza revelaban bien claramente que era oriunda de pura raza española; por que el Sr. Boyer

lograse fortuna y ventura tanta, como merecida y universal era su fama; por todos aquellos que se quedaban prosiguiendo la campaña pacífica, pero mortífera, acometida por los genios de la civilización moderna, y por el Obispo de Costa-Rica, cuyos talentos y virtudes habíamos tenido ocasión de apreciar.

Brindó el Dr. Ferráz, extendiéndose en luminosas consideraciones sobre los efectos de la revolución francesa de 1793, para deducir que hasta el aniversario de aquellos acontecimientos no se inaugurará el Canal interoceánico.

El periodista cubano Sr. Abenza manifestó en su bríndis que la cariñosa acogida que los colombianos habían dispensado á la Comisión sería un motivo de alegría para España, que jamás, ni en medio de las desgracias que pudieran afligirla, se olvidaría de sus antiguos hijos.

Brindó por S. M. la Reina Regente y, en nombre de la prensa peninsular y de Cuba, por la prensa sur-americana, terminando por desear á los ingenieros franceses la gloria más completa en la realización de las gigantescas obras del Canal de Panamá.

El presidente de la Comisión española cerró los bríndis con el siguiente:

«Ha llegado el momento de despedirnos de vosotros, ilustres ingenieros, hijos de la ciencia y del trabajo, gloria de Francia.

»Guiados por el genio del ilustre Lesseps, en quien teneis fe ciega y al que tributais religión y culto, os aprestais á dar la gran batalla, escogiendo posiciones, emplazando baterías y desplegando todos vuestros medios de ataque. Yo os aseguro una completa victoria.

»Nos habeis recibido como hermanos; nos habeis mostrado todos vuestros trabajos; nos habeis iniciado en vuestros proyectos y fundadas esperanzas de un inmediato y completo éxito, esperanzas de que también nosotros participamos.

»Habeis llevado vuestra galantería hasta el extremo de brin-

darnos con un lugar á vuestro lado. Yo acepto, en nombre de España, ese puesto honroso, y os prometo que un ingeniero español, tal vez alguno de los que forman la Comisión, venga muy pronto á compartir con vosotros las glorias, los trabajos y las penalidades.

»No os decimos adiós. Cuando de todas partes del mundo vengan vuestros admiradores á contemplar la unión de dos mares y el paso de todos los pabellones, no faltará España, no os faltarán nuestros calurosos aplausos. Al decir adiós al Istmo, brindo, señores, por el ilustre Mr. Lesseps, por monsieur Boyer, jefe y director de los trabajos, y por los ingenieros á sus órdenes.»

Grandes aplausos sonaron al final de todos los brándis, y especialmente al terminar el del Sr. Sanchiz.

Al despedirse de nosotros Mr. Boyer y los demás altos empleados de la Compañía que nos honraron almorzando á bordo del *Magallanes*, dieron un ¡viva! á España, que fué contestado con otro ¡viva! á Francia.



XLII.

Obsequio á la colonia española.-Preparativos de marcha.

Debíamos haber zarpado en las primeras horas del día 18 de Abril, pero el haberse retrasado la operación de cargar lastre que supliera el peso del carbón consumido durante la travesía de la Habana al puerto de Colón, y el deseo al propio tiempo de demostrar cuán agradecidos estábamos á las muestras de consideración y de cariño que habíamos recibido de los españoles allí residentes, retrasó nuestra salida.

Aquella mañana almorzaron á bordo del *Magallanes* aquellos de nuestros compatriotas que formaban el núcleo de los que apenas se separaron de nuestro lado durante nuestra permanencia en Colón.

Al final del almuerzo, que fué todo él de platos españoles escogidos, se brindó con entusiasmo por la prosperidad de España; por el español esclarecido á cuyo patriotismo se debia la brillante aureola que la bandera patria habia recibido al ondear en la popa de uno de los mejores buques del opulento naviero, anclado en la boca del Canal interoceánico; por nues-

tro feliz regreso á la Península, y por todo aquello que significaba amor al país y gratitud á sus hijos ilustres.

El brigadier Sanchez expresó su satisfacción en elocuentes términos por el espectáculo grandioso que presenciábamos, viendo unidos en un solo sentimiento á todos los españoles, reunidos á más de 1.500 leguas de la patria, y terminó brindando por los dos patriotismos que allí resaltaban, por el del Marqués de Campo, á quien debíamos el haber visitado las obras del Canal, y al de la colonia española en Colón, que nos proporcionaba los últimos gratos momentos de nuestra estancia en Colombia. «Brindo por esos dos patriotismos.»

Con esta frase, que fué muy aplaudida, terminó el brigadier su bríndis.

Habíanse interesado el vicecónsul de España y las personas más distinguidas de la colonia, en que se concediera pasaje gratuito á unos treinta ó cuarenta españoles que se encontraban allí sufriendo los horrores de la miseria unos, y colocados en modestísimos destinos otros, los cuales deseaban regresar á la madre patria; y el brigadier Sanchez, dejándose llevar de sus sentimientos generosos y compasivos y en la seguridad de que el Marqués de Campo aplaudiría su resolución, contestó al vicecónsul y á los que abogaban por aquellos desgraciados en los siguientes términos:

«Envien al *Magallanes* cuantos españoles deseen regresar á España, seguros de encontrar á bordo, no solo pasaje gratuito, sino comida y cuanto les haga falta.»

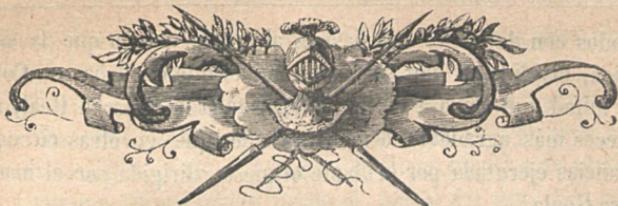
Mientras esto sucedía, á una joven española, ni bella ni agraciada, que á costa de la moral y de su sexo habia logrado reunir unos diez mil duros en dos años y queria regresar á la Península, se le negaba pasaje, no obstante haber ofrecido abonar por él trescientos pesos.

A las tres de la tarde la toldilla del buque estaba ocupada por casi todos los españoles residentes en aquella ciudad, quienes se proponian despedirnos en el muelle.

Declaramos ingénuamente que deseábamos abandonar aquel territorio y vernos en el seno de nuestra familia; pero á pesar de ello, sentíamos oprimirse nuestro corazón al tener que separarnos de aquellos compatriotas nuestros, á quienes era probable no volveríamos á ver.

«¡Dios sabe cuándo visitará estas aguas otro buque español!» nos decían con triste acento.

Habia llegado el instante de partir y el capitán Perez invitó á que se retirasen á los que no quisieran hacer el viaje. Poco á poco, de uno en uno, salieron del vapor los que se quedaron, no sin abrazar antes desde el jefe de la expedición hasta los marinos que se disponían á desarmar la escala de estribor. Algunos de nuestros compatriotas subieron á la popa, arriaron la bandera que simbolizaba á la pátria y besaron su escudo con la efusión y el entusiasmo con que el hijo colma de caricias á la madre querida cuando teme perderla.



XLIII.

La despedida.

¡Qué espectáculo tan sublime fué el de la salida del *Magallanes* del puerto de Colón! No podemos recordar las escenas que precedieron á nuestro alejamiento de aquellas aguas sin que se impresione vivamente nuestro corazón.

Ni uno solo de los expedicionarios pudo contener las lágrimas; ni uno solo de los españoles que se quedaron dejó de llorar. Los que no hayan presenciado un caso igual no pueden apreciar la solemnidad de aquellos momentos, ni nosotros acertamos á describirla con el tono que lo extraordinario del suceso requiere. ¡Cuánto envidiamos á Campoamor, Nuñez de Arce y Perez Galdós! Solo ellos lograrían bosquejar con propiedad lo imponente, lo majestuoso y lo sublime de aquel acto.

No se ausentaron, no, al saltar á tierra los españoles que vinieron á bordo á despedirnos; en el muelle permanecieron hasta perdernos de vista. «¡Viva España!» gritó una voz al dar el hélice su primer movimiento. ¡Viva España! repetimos

todos con delirante entusiasmo, al propio tiempo que la música, dividida en dos secciones, mitad que quedaba en Colón y mitad que venía á bordo, interpretaba la Marcha Real, mil veces más agradable á nuestros oídos que en otras circunstancias ejecutada por brillante orquesta dirigida por el maestro Goula.

Adiós, hermanos! nos decían. Adiós, queridos! les contábamos, y cuando los ecos de nuestra voz no llegaban á nuestros compatriotas y los de la suya no resonaban ya en nuestros oídos, agitábamos unos y otros los pañuelos y levantábamos nuestros brazos para cambiar los últimos saludos: ellos desde la punta del muelle; nosotros desde la popa del buque.

Seguros estamos de que el Marqués de Campo hubiese dado con gusto la crecida suma que le costó la expedición con solo haber visto cómo le agradecieron nuestros compatriotas en Colombia su rasgo patriótico.

No dejamos de reconocer que contribuyeron dos causas poderosas á que la despedida fuese tan solemne y tan entusiasta. Es la primera el placer indescriptible que causó á la colonia española el ver que, mientras el conde de Lesseps y las comisiones enviadas oficialmente de otros países llegaron confundidos con los pasajeros, en barcos mercantes, un español, el ilustre Marqués de Campo, había mandado la expedición por él costada en un hermoso buque de su propiedad y con aquel exclusivo objeto. Es la segunda la hospitalidad concedida á bordo del *Magallanes* á más de cuarenta infelices que no contaban con medios de vivir ni con recursos, por consiguiente, para regresar á la patria.

Algunos de los músicos que con nosotros vinieron tenían empeñados los instrumentos, y hubo que desempeñarlos para que cumplieran su deseo de tocar la Marcha Real desde la popa del buque al propio tiempo que aquellos de sus compañeros que quedaban en el muelle despidiéndonos.

Entre los recogidos á bordo del *Magallanes* habia dos sobrinos de un célebre matador de reses bravas.

El día desapareció, las negras sombras de la noche cubrieron el horizonte; solo la luz del faro nos marcaba el sitio en que estaba Colón, y allí dirigimos nuestras miradas de gratitud y nuestro último saludo desde el fondo del alma á la colonia española, que muestras tantas de amor pátrio nos habia dado.



XLIV.

La travesía.-Llegada á la Habana.

Nada digno de especial mención ocurrió durante la travesía de Colón á la Habana, si se exceptúa que invertimos un dia menos en la navegación, por haberse atrevido el capitán del *Magallanes* á pasar por el freu comprendido entre los bancos *Serranilla* y *Quita-sueño* y por encima del *Rosalind*.

La presión atmosférica fluctuó durante la travesía entre 744 y 746 milímetros y la temperatura entre 27 y 33 grados. El andar del buque fué de 11 millas por hora, término medio.

El catedrático de la Habana, Sr. Vila, que, como sabe el lector, se sintió acometido por las fiebres en Panamá, y el ingeniero Sr. Paradela, que fué víctima de un accidente visitando las obras del Canal, llegaron casi totalmente restablecidos al puerto de la Habana.

Antes de fondear, los catedráticos Sres. Vila y Ferráz, los representantes Sres. Dussacq y Laffitte y los periodistas que en la Habana se agregaron á la Comisión científica en su viaje

á Panamá, dirigieron una expresiva carta al brigadier Sanchez, en la que significaban su profundo agradecimiento al insigne patricio señor Marqués de Campo, al presidente de la Comisión española, á los miembros de la misma y á la oficialidad del *Magallanes*, por las deferencias que se les habian guardado durante la expedición enviada por el opulento naviero antes citado, á quien felicitaban de todo corazón, no tan solo por su desprendimiento, sino por haber respondido á la idea del progreso, subsanando con su generoso arranque un error ó un olvido que podia humillar á la gran nación española.

Comisiones del comercio, de varios institutos y de la prensa cumplimentaron á la Comisión apenas fondeó el buque, felicitándola por su feliz regreso de su arriesgada expedición.



XLV.

La Semana Santa en la Habana.-La fuerza de voluntarios.-La procesión del Encuentro.-El Parque central.

Las fiestas de la Semana Santa difieren poco en la capital de la Antilla de las que se celebran en la Península, si se exceptúa que á las exterioridades del culto apenas asisten otras personas que las de color.

La procesión de Viernes Santo es digna de ser vista, especialmente para los peninsulares. Nosotros la presenciamos con gusto.

Abrian la marcha 20 voluntarios de caballería.

Seguía una compañía de cazadores voluntarios con su música, y detrás de ella las cofradías de negros, precedidas de sus correspondientes estandartes.

Muchos de los negros lucian prendas de etiqueta, sin que les faltara su corbata blanca y su sombrero de copa. Algunas mulatas vestian con relativa elegancia, si bien lo churrigueresco de la forma de sus trajes y lo vivo y variado de los colores de las telas y de las cintas con que estaban ataviadas, excitó un tanto la hilaridad de los que no habíamos visto tan curioso espectáculo.

El orden de la procesión nada tenia que envidiar á las de

la Península. Las interrupciones eran frecuentes, á pesar del sinnúmero de *arregladores* encargados de impedir que las hubiera de una á otra cofradía.

Detrás de cada una de ellas iba una compañía de voluntarios con su correspondiente música.

Tres filas de seminaristas, llevando la del centro los atributos de la Pasión, precedían á la urna del Santo Sepulcro, que era llevada en hombros de 16 negros descalzos.

Entre las cosas que más nos llamaron la atención, fué un negrito de unos cuatro años vestido de ángel, á quien acompañaba su madre con traje de gasa blanca con lazos de raso verde, mantilla clara negra, medias encarnadas, chancletas y mitones azules.

A continuación iban las imágenes de San Juan Bautista y de la Virgen de los Dolores, siguiendo despues la oficialidad del ejército, el alcalde y varios tenientes de alcalde, los jefes de la escolta municipal y fuerza de voluntarios.

Dicha fuerza está formada en la Habana de siete batallones de línea, dos de ligeros, dos de artillería, uno de ingenieros, varias compañías sueltas, dos baterías rodadas, un regimiento de caballería y un escuadrón de húsares.

Esta benemérita institución, que tantos y tan señalados servicios ha prestado al país, cuenta con 83.000 hombres en la isla de Cuba.

Es fama en la ciudad de la Habana que la procesión llamada *El Encuentro* se presta todos los años á escenas, en las que queda malparado el culto religioso y se evidencia la falta de armonía entre negros y mulatos, y por mera curiosidad procuramos verla.

A las seis de la mañana hallábanse muy concurridas las calles inmediatas á la Catedral, de donde debia partir una de las ramas de la procesión, y una hora despues se unia á la otra en la esquina de la calle de Tacón, junto al Gobierno general de la isla.

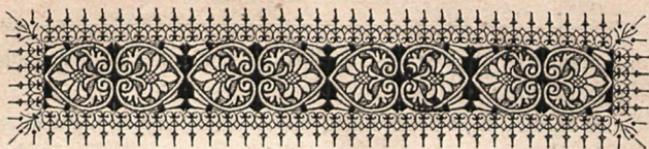
El famoso *Encuentro*, que tiene más de cómico que de religioso, se celebró sin que por aquella vez se acentuaran las grotescas escenas que tanto han dado que decir en otras ocasiones; únicamente ocurrió una pequeña camorra entre unos mulatos y unos negros, por burlarse los primeros de la religiosidad de los segundos. Sabido es que negros y mulatos quieren más á los blancos que ellos se aprecian entre sí. Los mulatos presumen de ser una raza muy superior á la de los negros, y éstos reniegan de aquellos, acusándoles, injustamente en muchos casos, de deber su origen á medios poco lícitos y morales.

El Parque central reúne en las fiestas solemnes, durante las últimas horas de la tarde y primeras de la noche, á la sociedad más selecta. Dicho queda que en las del Viernes Santo ofrecía aquel lindo paseo un aspecto encantador. Bien puede asegurarse que las niñas mas hermosas de la Habana, y abundan en ella como en la Península española, habían acudido á aquel ameno sitio de recreo, así como sus constantes admiradores, que no escasean tampoco en la capital de la gran Antilla.

Una música militar interpretaba hábilmente escogidas piezas musicales de carácter religioso. Se verificaba un concierto sacro al aire libre.

Lo propio ocurría en el Parque de la India y en la Plaza de Armas, si bien la concurrencia era menos numerosa y no tan lucida como en el Parque central.





XLVI.

Una manifestación autonomista.

El 25 de Abril partía del puerto de la Habana el vapor correo *Isla de Cebú*, y en él se dirigían á la Península los diputados autonomistas Sres. Montoro, Figueroa y Fernandez de Castro. Sus amigos políticos hicieron todo género de esfuerzos y de sacrificios para aparentar una sola aspiración y presentarse unidos y compactos en los instantes en que los más decididos campeones del partido Unión Constitucional se dividían, atacaban y ofendían como pudieran hacerlo los más encarnizados adversarios.

Una polémica entre *La Pátria* y *La Voz de Cuba* habia tenido por consecuencia una división profunda en el seno del expresado partido, habiendo renunciado sus cargos el conde de Casa-Moré, el conde de Galarza y D. Francisco Vergez, presidente, vicepresidente y vocal secretario respectivamente del partido que en Cuba defiende con más tesón que acierto la causa nacional.

Nos desconsuela tener que dar la razon á Maceo cuando nos decia: «Confiamos más en los desaciertos de nuestros